

nacer poeta; en tener en sí una facultad instintiva, que reduce á verso, como las abejas á miel. Ahora bien... el cómo... lo mismo lo diran ellos que ellas.

Presumo que, á pesar de impugnaciones, subsistirá todavía algunos años el hacer versos: arte un tiempo divinizado, con el cual tiene su inmediata relacion el punto gramatical de que me he aventurado á discurrir delante de este docto Liceo. Mas no por eso, si ha llevado camino mi discurso, habrá motivo para que la *prosodia castellana* haga peso en los estudios de la juventud española. Celebrara contribuir á exonerarla de alguno. Demasiado se va haciendo preciso saber para salir de la clase ignorante. Cada día aumenta la obligacion, y el vivir no se alarga. Reformemos lo que podamos; prescindamos cuanto quepa; y dejémonos ya de tratados prosódicos, dado que, entre nosotros, la *prosodia* no es una ciencia: es un hecho.

## POESÍAS.

### I.

#### EL FESTIN DE ALEJANDRO,

Oda en ritmo ditiámbico (1), traducida de la inglesa de Dryden.

Era el regio festin que en Persia esclava,  
 Por su conquista daba  
 El hijo de Filipo armipotente:  
 En su trono imperial, con ásis adorno,  
 Sus próceres en torno,  
 El héroe sobrehumano alza la frente.

Táis al lado de él, lozana rosa,  
 Como, á sus núpcias, oriental esposa,  
 En flor de juventud esplende hermosa.

Cópia feliz, feliz, feliz mil veces!  
 Solo el valor,  
 Solo el valor,  
 Solo, ó valor! á la beldad mereces.

En medio al coro armónico,  
 Subido Timoteo,  
 Con tacto volador pulsa la lira:  
 La nota ondula trémula,  
 Y altísimo recreo

(1) El traductor ha seguido las variedades de versificación que caracterizan el original.

Al paso de ascender mágica inspira.

Principia en Jove el canto,  
 A quien hizo el Amor (puédelo tanto)  
 Dejar los sitios de celeste encanto:  
 Y que, dragon mentido, el dios se encorve,  
 Y en radiante espiral se alze sublime,  
 A Olímpia bella cuando unido imprime,  
 La imágen de sí mismo, un árbitro del orbe.

Se aplaude el canto y más se reverencia:  
 De una deidad se entiende la presencia:  
 « Deidad! » proclama el coro;  
 « Deidad! » revoca el arte son sonoro.

El rey suspenso  
 Bebe el incienso:  
 Se goza dios: la sien divina  
 Inclina,

Y estremecer presume el orbe inmenso.

Ensalza ahora el estro numeroso  
 A Baco siempre jóven, siempre hermoso.

Ya viene en su pompa  
 El ledo inmortal:  
 Que rompa la trompa,  
 Y el indio atabal.

Muestra el rostro rubicundo,  
 Jubiloso rosicler:  
 Tú, por quien celebra el mundo  
 El placer que hay en beber.

Que llega; que llega: aliento al obóc:

Y el coro que loe  
 Al ledo inmortal:  
 Es de Baco el don divino;  
 Del soldado es dicha el vino:  
 Don divino;  
 Dulce vino:  
 Dulce el bien despues del mal!

Baco embravece al bélico mancebo:  
 Cuanta batalla dió dála de nuevo:  
 Tres veces á los rotos desbarata;  
 Tres á los muertos mata.

En la encendida frente,  
 En la pupila ardiente,  
 El frenesí que apunta observa el vate:  
 Y mientras cielo y tierra desafia,



Cambia armonía  
 El, y su orgullo abate.  
 « Que musa lastimera, »  
 Pensó, « piedad requiera. »  
 Dice entonces de Darío,  
 Grande y pío :  
 A quien hunden, hunden, hunden,  
 Hunden ¡ ay! golpes del hado :  
 Derrocado  
 De aureo trono,  
 Y en su sangre revolcado :  
 ¡ Qué abandono !

Nadie, de cuantos régio mantenía,  
 Le asiste á su agonía :  
 Yace espirado en la desnuda tierra,  
 Y ni un adicto el párpado le cierra.

Quedóse el vencedor mirando al suelo,  
 Con desconsuelo :  
 De la Fortuna, en su turbada mente,  
 Recorre el vario giro :  
 Se exhala algun suspiro ;  
 Brotar el lloro siente.

Sonrie, cierto el gran cantor  
 Que cerca está dulce dolor :  
 Y al tono acuerda  
 Amiga cuerda,  
 De la piedad sacando Amor.

Blandamente en modo lídio  
 Vierte al pecho sed de halago :  
 « Es, » cantó, « la guerra estrago,  
 » No acabar; error; fastidio.  
 » Son vapor gloria, memoria ;  
 » El honor mera quimera.  
 » La victoria,  
 » Capitanes,  
 » ¡ Qué de afanes !  
 » Los conoces :  
 » ¿ Vale el mundo que lo ganes ?  
 » ¿ Valga, valga que lo goces ?  
 » Has al lado á Táis linda :  
 » Logra el bien que un dios te brinda. »

Doliente queja revelaba entanto  
 La victoria de Amor, obra del canto.

El príncipe contempla ansioso aquella  
 Autora bella  
 De su penar :  
 Suspira  
 Y mira ;  
 Suspira y mira ;  
 Vuelve á mirar,  
 Y á suspirar :  
 Y apoyo, ¡ ó ninfa ! de sí mismo ageno,  
 Vencido el vencedor pide á tu seno.

Suene otra vez la lira de oro ;  
 Alto; mas alto el son canoro :  
 Del sueño vil los vínculos quebrante,  
 Rompiendo en él cual trueno rebramante.

¡ Ay ! ya, ya está, despiertos  
 Los ojos con espanto revolviendo :  
 Cual si, de entre los muertos,  
 Le alzara la cabeza el son tremendo.

« ¡ Venganza ! ¡ venganza ! » su Píndaro clama :  
 « Las Fúrias acuden, los ojos de llama,  
 » La crin de culebras : sus silbos oid :  
 » Tras de ellas de sombras un lívido bando,  
 » Blandones vibrando :  
 » Son griegos segados en bárbara lid.

» Quedaron insepultos,  
 » Yaciendo desdorados :  
 » Vengad tales soldados;  
 » Vengad tales insultos.

» ¿ No véis indicar los castigos ?  
 » Mirádos tender los hachones,  
 » Señalando las pérsicas mansiones,  
 » Y los templos de dioses enemigos. »

Aplauden los grandes, el rey los apoya :  
 Que empuña una tea con torva alegría ;  
 Destocada vá Táis de guía,  
 Al estrago alumbrando la vía,  
 Y, á fuer de nueva Elena, incendia nueva Troya.



## II.

## ROMANCE.

## LA TIMIDEZ.

A las márgenes alegres,  
Que el Guadalquivir fecunda,  
Y á donde ostenta pomposo  
El orgullo de su cuna,  
Vino Rosalva, sirena  
De los mares que tributan  
A España, entre perlas y oro,  
Peregrinas hermosuras.

Mas festiva que las auras,  
Mas ligera que la espuma,  
Hermosa como los cielos,  
Gallarda como ninguna,  
Con el hechicero adorno  
De tantas bellezas juntas,  
No hay corazón que no robe,  
Ni quietud que no destruya.

Así Rosalva se goza,  
Mas la que tanto procura  
Avasallar libertades,  
Al cabo empeña la suya.

Lisardo, joven amable,  
Sobresale entre la turba  
De esclavos, que por Rosalva,  
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años  
No bien de la edad adulta  
Acaban de ver cumplida  
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,  
Rico en bienes de fortuna,  
Dichoso en fin, si supiera  
Que audacias Amor indulta.

Idólatra mas que amante,  
Con adoracion profunda,  
A Rosalva reverencia,  
Y deidad se la figura.

Un dia alcanza otro dia,  
Sin que su amor la descubra:  
El respeto le encadena,  
Y ella su respeto culpa.

Bien á Lisardo sus ojos

Dijeran que mas presuma,  
Pero él, comedido amante,  
O los huye, ó no los busca.  
Perdido y desconsolado,  
Una noche en que Natura  
A meditacion convida,  
Con su pompa taciturna;  
Mientras el disco mudable,

En que ceñirse acostumbra,  
Entre celages de nacar  
Esconde tímida Luna;

Al márgen del sacro rio,  
La inocente suerte acusa,  
Y así fatiga los ayres  
Con endechas importunas:

« Baja tu vuelo,

» Amor altivo,

» Mira que al cielo

» Osado vá;

» Buscas en vano

» Correspondencia,

» Amor insano,

» Déjame ya.

» Déjame el alma

» Que otra vez libre

» Plácida calma

» Vuelva á tener:

» ¡ Qué digo! ¡ necio!

» El cielo sabe

» Si mas aprecio

» Mi padecer:

» Gima y padezca,

» Una esperanza

» Sin que merezca

» A mi deidad;

» Sin que la pida

» Jamas el premio

» De mi perdida

» Felicidad.

» Tímida boca,

» Nunca le digas

» La pasion loca  
» Del corazón,  
» Adonde oculto  
» Está su templo  
» Y ofrenda y culto  
» Lágrimas son.»

Mas dijera, pero el llanto  
En que sus ojos abundan  
Le interrumpe, y las palabras  
En la garganta se anudan.

Cuando junto á la rivera,  
En un valle adonde muchas  
Del árbol grato á Minerva  
Opimas ramas se cruzan;

Suave cuanto sonoro  
Lisardo otra vez escucha,  
Que enamorando los ecos  
Tales acentos modula:

« Prepara el ensayo

» De mas atractivos

» La rosa en los vivos

» Albores de mayo:

» Si al férvido rayo

» Su cáliz espone,

» Que el sol la corone

» En premio ha logrado,

» Y es reyna del prado,

» Y amor de Dione.

» ¡ O fuente! en eterno

» Olvido quedáras

» Si no te lanzaras

» Del seno materno:

» Tal vez el invierno

» Tu curso demora,

» Mas tú vencedora  
» Burlando las nieves,  
» A tu ímpetu debes  
» Los besos de Flora.  
» Y tú que en dolores

» Consumes los años,

» Autor de tus daños

» Por vanos temores;

» En pago de amores

» No temas enojos,

» Enjuga los ojos,

» Que el Dios que te hiere

» Mas culto no quiere

» Que audacias y arrojos.»

Rayos son estas palabras,

Que al ciego joven alumbran,

Quien su engaño reconoce,

Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde

Testigos de su ventura

Fueron las amigas sombras

De la noche y selva muda;

Mas muda la selva en vano,

Y en vano la sombra obscura;

No sufre orgullosa Venus

Que sus victorias se encubran.

Lo que celaron los ramos

Las cortezas lo divulgan,

Que en ellas dulces memorias

Con emblemas perpetuan.

Las Náyades en los troncos

La fé y amor que se juran

Leyeron, y ruborosas

Se volvieron á sus urnas.

## III.

## ESVERO Y ALMEDORA.

(Estracto del canto quinto.)

Solo, pues, y en tinieblas un ruido  
Hondo y sordo percibe, y de él llevado,  
Va fuera de sendero conocido,  
Un barranco á los pies, breñas á un lado,  
Delante, un cerro. Al fin, como perdido,  
Vé un casucho en el triste despoblado.



Apéase veloz : « Abrid, » esclama,  
Golpeando la puerta : « Abrid. » « ¿Quién llama? » ,

Responde con acento displicente  
Una voz de muger. — « De tierra estraña  
» Un caballero, que su rumbo y gente  
» Ha perdido. » — « Y ¿qué pide á la ermitaña? »  
— « Breve hospitalidad, que largamente  
» Recompensada le será. » — « Se engaña,  
» Si nos supone un genio mercenario;  
» Camine, y no interrumpa mi rosario. »

— « El mal es hecho, hermana; abra ligera,  
» Y yo lo enmendaré, que no soy malo;  
» Rezarémos los dos. » — « Y ¿á qué os abriera,  
» Puesto os faltará aquí todo regalo? »  
— « Y ¿pensais, la muy bruja, que prefiera  
» Amanecer donde me hielo y calo?  
» Como al momento no la mire abierta,  
» A los hocicos te echaré tu puerta. »

Juzgó prudente la del rezo entrada  
Darle por fin. De estilo sibarita  
No haya miedo, en verdad, que encuentre nada  
El caminante en la devota ermita.  
Pan de centeno y tronchos de ensalada,  
Mesa coja, candil, agua bendita,  
Con calabaza, cántaro y barreño,  
Y manojos de paja para el sueño.

Todo está en regla : espacio no faltaba,  
Con que al jaco dejó que hiciera trio;  
Y ya su buena suerte Alfredo alaba,  
Burlando en paz la lluvia, y viento y frio.  
Mas ¡ay! que sin piedad, el hambre clava  
La garra en el estómago vacío,  
Y por mucho que ofrezca, insista, invente,  
No hay que contar con mas que lo presente.

¿Quién le dijera al príncipe de Onside?  
¿Quién, que esa cena la fortuna loca  
Le habia de adobar? Pues le ha sabido  
Tan bien, que al cabo le parece poca:  
No, entanto, el bruto bueno echa en olvido  
Que natura le dió dientes y boca;  
Y mas, que prevenido su banquete  
Ha vista allá : de un salto lo acomete.

¿Qué oposicion! ¡Jesus! ¡Qué furia, hermana!  
¿Por un poco de paja así te pones?

Fresca y mejor la mercarás mañana.  
¡Ho; ho! ya comprendí las maldiciones :  
Cada tiron de los que da con gana  
El potro, hace saltar pesos, doblones,  
Ducados; ¡ay! ya á descubierto queda  
Todo un monton de la fatal moneda.

— « ¿Qué es esto? » el huesped exclamó. — « Tu muerte, »  
Grita la hembra. Euménide rabiosa  
Redobla insultos : al Rutúlio fuerte  
Dijeran que otra vez Alecto acosa :  
— « ¡Bruja llamarnos! ¡Al poder, meterte:  
» Y el animal! Tal pague quien tal osa.  
« Ahora lo verás. » Se oye un silbido,  
Y Alfredo al punto desaparece hundido.

Hundido al negro Tártaro, de roja  
Lumbre cercado y de estension profunda :  
Estígia hueste súbito se arroja,  
A prenderle con risa furibunda.  
Pero esgrimiendo la tajante hoja,  
El tiene á raya á la caterva inmunda.  
Ved que se acerca y la despide el mismo  
Temido Lucifer de aquel abismo ;

Y de esta suerte habla al garzon : « Me gusta  
» Tu valor : envaynar puedes seguro :  
» Propio resguardo, y sociedad injusta  
» Nos impusieron un arbitrio duro.  
» Dime, si cabe, ¿á qué razon se ajusta  
» Matar á un hombre por que labra un duro :  
» Aquí matamos por salvar la vida :  
» La del que nos perdiera está perdida ;

» Morir debiste, pues supiste; pero,  
» Por la primera vez, de alguno fio :  
» Libre saldrás : ¡silencio, solo : espero  
» No quepa ingratitud en tanto brio. »  
Sin prometer, el noble caballero  
Cumplirá. Por un tránsito sombrío  
Sube. Del cerro pisa en fin la falda,  
Donde le ofrece su bridon la espalda.

Despues de nuevo errar vió fuegos claros,  
Sobre escudos suspensos de cadenas,  
Que de hospitalidad pródigos faros,  
Coronaban pacíficas almenas.  
Eran estos alcázares ya raros  
Entonces, y hoy de ellos se sabe apenas,



Donde hasta acaso el público enemigo  
Salvo podía hallar lícito abrigo.

Tuerce ácia allá. Los pasos han sentido  
Allá, pues, sin que mucho se adelante,  
Le encuentran los monteros, que han salido,  
Cual suelen, á traer al caminante.  
Foso ni torreón, como en Onside,  
Ni puente vé que, entrado, se levante:  
En este albergue guardarále el sueño  
La reverencia que inspiró su dueño.

A una heredada huérfana obedece  
Todo el país: la del varón nombrado,  
Cuya memoria y tímbreres encarece  
El título: *Filósofo soldado*.  
Valorbe que igualó, cual lo merece,  
Al de la espada el hierro del arado;  
Columna en guerra de la patria y trono;  
Amparo en paz al súbdito colono...

Quedó esa jóven, de recelo agena,  
Cuanto indefensa, de temor segura;  
Como el nocturno esclarecer serena;  
Como el ambiente de los cielos pura.  
Huésped extraño en la región terrena,  
Hermosa, sin saber qué es hermosura;  
Y ni de engaños que practica el suelo  
Siquiera conocer liga y anzuelo...

Fiel en su obsequio, de su padre al uso,  
No en mesa altiva opíparos manjares,  
Ni entre vinos exóticos dispuso  
Lozas traídas por remotos mares:  
Sin escasez ni acumular profuso,  
Con productos ni raros ni vulgares,  
Brinda á su huésped; y ninguno brinda  
Que su heredad ubérrima no rinda.

Y mejor que Apicio Alfredo hubiera  
Preciado el lujo pérsico, le agrada  
La noble sencillez que lisonjera  
Como una dicha aplaude su llegada.  
En derredor vistosa primavera  
Suspende pabellones; rodeada  
La frente juvenil con nardo y rosas,  
Al plato atienden rústicas donosas.

Y alba, célica flor, cándidamente  
Al ayre Ydema el cuello alabastrino

Libra gentil; diséñale decente  
El talle virginal cándido lino.  
Su mejilla sonrosa transparente  
Un viso cual celage matutino:  
Modo benigno simpatiza en ella  
La morbidez de su figura bella.

Tal florecías el Olimpo ornando,  
Diosa de juventud, púdica Hebe,  
Delicia á Jove poderoso, cuando  
Amores tuyos con el nectar bebe.  
O en actitud ingenua adelantando  
El cuerpo grácil, cual las hojas leve,  
Cabe el Brenta fugaz te vió Canova,  
Y para el mármol tus encantos roba.

Contempla á Ydema Alfredo embelesado,  
Y vista y pensamiento á paz recrea,  
Como un tipo ideal: ágil cuidado  
En discernir su condición emplea.  
Con tino presto el inocente agrado  
Anticipadamente lisonjea;  
Dueño de sí, nada malogra: labra  
Afecto en cada acción, cada palabra:

Prenda celeste, ó don del sentimiento,  
Ya feliz, ya fatal dádiva al mundo:  
Árbol vivaz, de lágrimas sediento,  
Con frutos sabrosísimos fecundo:  
¿Cúpo mas suerte al que te ignora esento,  
Que el corazón enérgico y profundo,  
Donde el voraz dolor fácil se ceba,  
Mas que un rapto de dicha al cielo eleva?

Ledo insectillo libre como leve  
Goza y compite del abril las galas;  
Ya néctares y aljófares se lleve,  
Ya al sol estienda el iris de sus alas.  
En pos del oro suyo, ópalo y nieve,  
Persiguiéndole van lindas zagalas;  
A quienes él, con táctica festiva,  
Hace que aguarda y burlador esquivas.

Ved ya el alado licencioso, amante  
De esa nítida luz; ¿con cuál apego  
La estrecha, y gira en torno revolante,  
Despojos dando al suspirado fuego!  
Tal vez mano benéfica le espante,  
Por separarle del empeño ciego,



Mas él se obstina, y anheloso llega,  
Y al beso abrasador la vida entrega.

Hay quien las sendas del vivir transita  
Con paso como el aura vagaroso;  
Que nada empeña, y esmerado evita  
Toda ocasion de duda á su reposo.  
De goce en goce frívolo desquita  
Algun breve sentir que fué forzoso:  
Con suelta mano, como tenue pluma,  
Cogiendo solo del placer la espuma.

Alfredo, en quien profusa los derrama,  
Gasta los dones de la edad florida  
En liviania y seduccion: no ama,  
Mientras con grato iman á amar convida.  
Al dulce ardor de la benigna llama  
Prefiere brillos que su luz despida:  
Su fin triunfar, que estima iguales bienes  
Con mirto ó con laurel ceñir las sienas...

Discurre ahora campos y florestas;  
En huertos y vergeles se ejercita;  
Dice que son sus diversiones estas;  
La aldea dice que es su favorita.  
Siguen á su indagar dádivas prestas  
Donde alguna estrechez las necesita:  
Por todas partes seducida Fama  
De otro Valorbe la presencia aclama.

Montero audaz del cazador mañoso  
Desdeñará los tímidos aciertos;  
Despojos, sí, del javalí, del oso  
Arranca, en guerra abierta, á hierro muertos.  
Le halla tambien la selva generoso:  
No es de él desalentar; no, en tiros ciertos,  
Del bruto amable que su muerte llora  
Ensangrentar la fuga voladora.

Tal fué dotado en gracias y heroísmo,  
Tribuno popular ó jefe egregio,  
Alcíbiades, y vario, y siempre el mismo,  
Sobresalir su innato privilegio:  
Que en Atenas, modelo de aticismo,  
Su fausto en Persia rivaliza al regio,  
Y en Esparta escedió su parsimonia  
A la frugalidad lacedemonia...

Ve á Alfredo Ydema, ó la hablan de él, ó mira  
Memorias de él, ó piensa en él: rodea

Su vida él: del aire que respira  
Ella, el aliento de él se enseñorea.  
El tartáreo dragon, así, que aspira  
Filtros de Circe, mistos de Medea,  
Con estrechantes círculos abarca  
La esfera libre do á su presa marca.

Y del pensil entre la yerba y flores  
Desde la rama do feliz anida,  
Otros allá vivísimos colores  
Contempla la paloma inadvertida:  
De ese brillo falaz, mas que de azores,  
Huye paloma; huye por tu vida:  
Ojos de un monstruo ves que brotan llamas,  
Y reflejado el sol en sus escamas.

¡Ah! que los orbes del mirar fulgente  
Revuelve y van sus giros describiendo  
La mágica espiral! La ave inocente  
Ya quiere huir, su daño resistiendo.  
Mas cada vuelo en que alejarse intente  
La irá llevando ácia el fulgor tremendo:  
Ya hasta el círculo mínimo la atrae;  
Ya en el centro fatal mísera cae.

Del monte busca, de la selva umbría  
Ydema centros íntimos, y trata  
Libre allí con su sola fantasia:  
¡Ay! mas rendida al tema que la mata.  
« ¡Qué ayroso! ¡qué galan! » en sí decia:  
« Su gentileza ¡qué apacible y grata!  
» ¡Suerte feliz, ó suerte venturosa  
» La de la dama que será su esposa! »

Alguna perla, entonces, cristalina  
De sus largas pestañas se desprende;  
Entre una y otra ardiente clavellina,  
Sus labios algun ay! férvido hiende:  
Mustia ácia el pecho de marfil inclina  
La frente eburnea que en rubor se enciende:  
Lánguida un nombre articuló tan quedo  
Que Eco mal pudo repetir: Alfredo.

Alfredo empero oyóla, que sus huellas  
Sigue oculto y tenaz. De él fuisteis, blando  
Ruego engañoso, hipócritas querellas,  
Lágrimas sin dolor... Osar infando!...  
Deidad, que las deidades atropellas,  
De una cordera tímida triunfando,



¿Que gloria hubiste, improbo amor?... Rendida  
Ya Ydema amando está con alma y vida.

No oculta su pasion y rendimiento,  
No cabe estudio en su embeleso : pierde  
Toda memoria, todo sentimiento  
Que del arrobo á su razon recuerde.  
Suenan amoroso el murmurar del viento;  
Ama el arroyo á la pradera verde;  
Tarde y amanecer, aguas y flores,  
Trinos, sombras y luz dicen amores.

Sí : y expansiva alucinada ; ó cuanto !  
Sus familiares, su querida aldea,  
El universo entero, del encanto  
Anhelara partícipes su idea :  
Ya en este suelo ni concibe el llanto ;  
Ni que felicidad todo no sea,  
Pues pio el cielo de la que ella siente  
En nuestro corazon puso la fuente.

Que ella toda es amor ; mejor diria  
Es Alfredo ; y de serlo, de esa entrega  
Absoluta de sí saca ufanía ;  
Vive : en placer su corazon se anega.  
¿Qué ya himeneo ? Diligencia fria :  
Es su resguardo confianza ciega ;  
Su ley seguir su vencedor ; su gloria  
Ornar acepta el carro de victoria.

## IV.

## ESVERO Y ALMEDORA.

(Estracto del canto duodécimo.)

Del año apenas en la quinta casa  
Entrado el sol ; cómo es que tal sublima  
Fogoso el paso, y penetrante abrasa  
Del frio Sena el nebuloso clima ?  
Su luz, que darnos suele tan escasa,  
Y á la imaginacion la desanima,  
Ya inspiradora en rayos me rodea,  
Iluminando mi anhelante idea.

Y agrandándose el cuadro que dilata  
La amenidad entorno peregrina,  
Debajo de la bóveda de plata,  
Por donde el astro fúlgido camina,  
Desde un punto á mi vista se retrata

De este globo que fácil examina  
Toda la creacion ; y allí suspenso,  
Me gozo en ella y en su autor inmenso.

Y, á dicha, ostenta al Todopoderoso,  
Y en mi embeleso admiracion merece,  
Cuanto el vasto caudal del mar undoso,  
La gota de agua que en la flor se mece ;  
Cual del Asia el turrífero coloso,  
Preso en un vidrio purpurino pece ;  
La nube hollando desdeñosa garza,  
O el insectillo de la humilde zarza.

« Artífice de tanta maravilla  
Que delante de mí se manifiesta,  
A Tí me postro, hincada la rodilla,  
Por Tí, para doblarse á Tí, dispuesta :  
Alábetela voz, se bien sencilla,  
A quien el habla tu bondad le presta ;  
Eternamente á Tí que me la diste  
Adore el alma, que inmortal existe. »

Dije, y el genio ansioso aun mas procura :  
Aquel árbitro mismo, aquella viva,  
Sagrada fuente que jamas se apura  
Me arrojo á investigar... ¿A dónde iba ?  
¿Cómo esperar que, entre materia obscura  
Atomo envuelto, á la deidad conciba ?  
¿Quién, si al nacer un sótano le encierra,  
Entenderá los cielos ni la tierra ?

Mas, ; ó felice inspiracion ! sentido,  
Alcanzarás á dar conocimiento  
Tú del mismo Hacedor : ya firme pido  
Por tí su explicacion al firmamento.  
Púsola en ese sol, centro encendido,  
Si portento menor, tambien portento :  
Dios material, de un movil inefable  
Vivaz ejemplo que á los ojos hable.

Que sin fin, sin cesar, sin decadencia,  
Sin noche ni diciembre ; sin medida,  
Vierte, sacados de su sola esencia,  
En perenne raudal mares de vida :  
En él, á no mirarlo, humana ciencia,  
No creyeras ; y dudas atrevida,  
Porque no ves ! Pues ví : nuestra la palma,  
; O genio y religion, soles del alma !